In memoriam



Santiago



Natalia



Deiner



Bellanira



Sandra



Alfonso



Luis Eduardo



Alejandro

El 21 de febrero de 2005 fueron masacradas ocho personas en las veredas Mulatos y La Resbalosa, del corregimiento de San José, del municipio de Apartadó, Antioquia. No queda duda de que los victimarios, al eliminar sus vidas con derroche de sevicia, quisieron intentar una vez más, luego de intentarlo centenares de veces, hacer desaparecer la Comunidad de Paz que allí se había gestado desde 1996 y que se constituyó formalmente el 23 de marzo de 1997.

Antes de ellos, más de ciento cincuenta integrantes de la Comunidad de Paz o pobladores de la zona cercanos y simpatizantes de ella, habían sido sacrificados. Un diplomático, conmovido por la noticia de esta masacre, en la cual cayó un líder internacionalmente reconocido, se preguntó si no habría que revisar la fórmula de la Comunidad de Paz para que no produjera tantas víctimas. Son, a todas luces, los victimarios quienes deben hacer un examen de sus crímenes y preguntarse si con sus fórmulas de barbarie podrán construir algún día una sociedad en algún grado aceptable para la humanidad.

Es difícil desligar las vidas de estas víctimas de esa comunidad humana que las hizo crecer en ideales de otro mundo posible, alentadas por el compromiso colectivo y por la firme decisión de no ceder ante la barbarie, que fue marcando los episodios cotidianos de este conglomerado campesino.

LUIS EDUARDO GUERRA, de 35 años, sacrificado el 21 de febrero a las 8:30 a.m. por un contingente del ejército, junto al río Mulatos, mientras se desplazaba a cosechar un cacao en su parcela, junto con su

IN MEMORÍAM









compañera BELLANIRA AREIZA GUZMÁN, de 17 años, y su hijo de 10 años DEINER ANDRÉS GUERRA TUBERQUIA, era no solo un líder histórico de la Comunidad de Paz y uno de sus principales impulsores desde el comienzo, sino que era una figura ya reconocida internacionalmente como defensor de los derechos de la población civil en medio de la guerra. Había nacido allí mismo en Mulatos y en las labores del campo había vivido los horrores de la guerra, buscando siempre espacios para construir una sociedad más humana. Sin estudios profesionales, la vida sufrida de su pueblo fue su mejor universidad, en la cual se abrió camino como hombre reflexivo, transparente, valiente y audaz. Su liderazgo evidente en los primeros años de configuración de la Comunidad de Paz, a la que intentaron ahogar en sangre desde su nacimiento, le valió un exilio forzado de cerca de dos años, en los cuales buscó refugio en otra zona rural donde lo acogieron con cariño. En la soledad de su exilio, sus convicciones se fortalecieron profundamente para defender a su pueblo con argumentos de razón que adquirieron con el tiempo una claridad y contundencia apabullantes. Por eso no temía los retenes militares o paramilitares que inundaban su zona y allí exigía siempre el respeto a derechos elementales de la población civil que para él fueron cada vez más su bandera de lucha.

Al ser advertido, en la mañana del 21 de febrero, de la presencia masiva del ejército en su vereda Mulatos, en operativos que siempre habían sido brutales, no quiso huir ni devolverse a su vivienda; le respondió a un pariente que lo acompañaba que trataría de discutir con los militares para que le permitieran cosechar su cacao. Además, su hijo Deiner Andrés, quien lo seguía en una mula, había sido víctima en agosto de 2004 de la explosión de una granada abandonada por el ejército en una vereda de San José, unos meses antes, y escondida en un hueco ante la afirmación de los mismos militares de que no ofrecía peligro alguno, pues en caso de explotar solo emitía humo. Deiner aún tenía su pierna lesionada por la explosión que se la había destrozado y debía presentarse a control médico en Medellín dos días después. En dicha explosión había muerto la esposa de Luis Eduardo, Luz Zenith Tuberquia. LUIS EDUARDO, BELLANIRA y DEINER fueron asesinados a golpes de garrote y machete, como se pudo deducir en el levantamiento de sus restos, ya bastante destrozados por animales. Su muerte cruel ha conmovido a numerosas personas y organizaciones de otros países que lo habían invitado a compartir su experiencia de comunidad de paz y habían quedado profundamente impactadas por su transparencia, su claridad y su firmeza. Era un hombre de ideales y de compromiso insobornable, ante el cual nadie se quedaba indiferente.

Ese mismo 21 de febrero, el ejército llegó al medio día a la casa de ALFONSO BOLÍVAR TUBERQUIA GRACIANO, de 34, años en la vereda La Resbalosa, de San José de Apartadó. Mientras almorzaba con su familia y 4 trabajadores que le ayudaban a cosechar el cacao, su vivienda fue rodeada por la tropa que comenzó a disparar.

En los alrededores de la vivienda, el ejército mató a ALEJANDRO PÉREZ CASTAÑO, de 34 años, a quien su familia y sus vecinos recuerdan siempre como un hombre generoso, comprometido y valiente, lleno de sensibilidad social e intransigente ante las injusticias.

Alfonso y sus trabajadores lograron refugiarse al abrigo de las balas en una vivienda cercana, pero Alfonso regresó poco después, cuando escuchó cesar el ruido de los disparos, para ocuparse de la suerte de su esposa SANDRA MILENA MUÑOZ POSSO, de 24 años, y de sus niños NATALIA ANDREA TUBERQUIA MUÑOZ, de 5 años, y SANTIAGO TUBERQUIA MUÑOZ, de 18 meses. Todo indica que los victimarios espera-

SANTIAGO - NATALIA ANDREA - DEINER - BELLANIRA

IN MEMORIAM









ban su regreso y lo asesinaron con derroche de sevicia, como habían hecho con su esposa e hijos minutos antes. Tanto Alfonso como Sandra Milena, Natalia, Santiago y Alejandro, fueron hallados en dos fosas, en el campo de cultivo de cacao de la finca, completamente descuartizados y con estigmas de crueles torturas.

ALFONSO fue también un líder transparente y firme. Algunos de sus trabajadores lo calificaban de "fresco" porque parecía no temerle a nada. Quienes lo conocieron en coyunturas difíciles, cuando repetidas veces fue ilegalmente detenido por tropas del ejército que alegaban que en esa zona no podían vivir sino "guerrilleros", Alfonso respondió siempre con la serenidad de quien tiene principios inconmovibles y defiende su tierra, su comunidad, su derecho al trabajo y a la paz con la firme convicción de que los que están errados son los que no respetan esos derechos. Su última batalla consistió en construir un Comité de Paz en la vereda La Resbalosa y una Zona Humanitaria donde la población civil pudiera albergarse y reclamar sus derechos en los momentos más agudos de las confrontaciones bélicas. Su vida deja indudablemente un legado que la Comunidad de Paz quiere salvar.

El 28 de febrero la Comunidad de San José de Apartadó despidió conmovida a sus últimas víctimas y luego de una Eucaristía exequial las condujo al humilde cementerio del lugar donde reposan muchas de sus víctimas anteriores, en espera de la construcción de un monumento conmemorativo que recogerá todos sus restos.

Un texto del Evangelio iluminó aquella conmovedora despedida: *"El Padre me ama porque yo entrego mi vida para asumirla de nuevo. Nadie me quita la vida sino que yo la entrego voluntariamente (...) Estas palabras causaron enfrentamientos entre los judíos. Muchos decían: se ha vuelto loco, ¿para qué le hacen caso?. Otros decían: no está loco; alguien que le abre los ojos a los que están ciegos ¿acaso puede estar loco?"* (Evangelio de San Juan, capítulo 10, versículos 17 a 21)

Ciertamente para quienes están sumergidos de lleno en los seudo-valores de la sociedad que nos envuelve, estos líderes sacrificados y sus familias *se habían vuelto locos*, al igual que los integrantes de esa Comunidad de Paz que han querido marchar en contravía de los patrones dominantes de "desarrollo" que se nos ofrecen. En el mundo del mercado globalizado y del "sálvese quien pueda", ellos prefirieron construir una comunidad solidaria no interesada en maximizar el lucro sino la satisfacción de las necesidades básicas para todos, integrando en grupos de trabajo solidario a quienes quisieran e impulsando tierras colectivas como espacios comunitarios. En el mundo del conflicto armado englobante donde ya no se reconocen espacios neutrales, ellos reivindicaron su derecho a no dejarse involucrar en la guerra a la fuerza y defendieron con tesón los derechos de la población civil. Ante la persecución despiadada del Estado y de los paramilitares que desde el comienzo han ahogado en sangre y persecuciones la Comunidad de Paz, se han atrincherado en la consigna de que de allí los sacan muertos antes que claudicar de sus principios. Su proceso ha sido un abrirle los ojos a mucha gente que mira los parámetros envolventes del modelo social vigente como "normales" o "ineludibles". En ese contexto, muchos de sus líderes han asimilado la posibilidad de una muerte violenta como un precio que por anticipado han aceptado pagar, con la convicción de que ello no significa destruir la esencia y el sentido profundo de sus propias vidas. Luis Eduardo y Bellanira, Alfonso y Sandra y Alejandro pertenecieron a esa clase de testigos. Sus pequeños hijos se introducían en la vida por esos mismos derroteros; por eso el principio herodiano de que hay que masacrar en la cuna a eventuales mesías liberadores se continúa aplicando, aunque franjas muy amplias de la humanidad reaccionen horrorizadas.

SANDRA - ALFONSO - ALEJANDRO - LUIS EDUARDO